

Quinto Domingo de Cuaresma

Con este domingo abrimos la puerta de la última semana Cuaresma que iniciamos el Miércoles de Ceniza. El domingo próximo, Domingo de Ramos, tendremos la oportunidad de concentrarnos en la meditación de la pasión de Cristo. Así que, a pesar de que el evangelio de hoy, mediante una parábola, sugiere lo que Cristo iba a sufrir por nosotros, permítanme reflexionar sobre otro tema. Me refiero a “la conversión y su resultado en nuestras vidas”. Esto aparece muy claro en la primera lectura tomada del libro del profeta Isaías y en el segmento del salmo ciento veintiséis.

Cada Miércoles de Ceniza, las palabras de la ceniza son: ““Arrepiéntete de tus pecados y regresa al Señor”. Esta expresión parece más significativa para la Cuaresma, ya que durante esos días la Iglesia invita a sus fieles a la conversión y al torno al Señor.

La primera lectura habla de un camino nuevo que Dios abrió para su pueblo. “El Señor abrió un camino a través del mar, un sendero por entre las aguas impetuosas” (Is 43,16). Es una referencia al milagro que Dios realizó por medio de Moisés cuando el pueblo de Israel escapó de Egipto y cruzó el Mar Rojo.

Ese camino también existe para nosotros, pues se abrió en un momento definitivo en la historia de la salvación y sigue abierto para todo el mundo. Es un camino con dirección hacia delante y que se cierra detrás de nosotros. No podemos retroceder. El Señor no quiere que recordemos el “ayer” sino que vivamos en el presente y marchemos hacia el futuro. Es lo que dice san Pablo en la epístola: “Lo que sí hago es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está delante, para llegar a la meta y ganar el premio que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús” (Flp 3,14).

El salmo anuncia que el Señor ha cambiado nuestra suerte y ha realizado proezas con nosotros.

Dice el salmo que cuando sucedió eso, éramos como los que sueñan, quizás pensando que no se trataba de una realidad sino, de una fantasía. Pero al despertarnos, nos damos cuenta de que, lo que parecía una sueño, es una realidad. “Y decían entre las naciones: El Señor ha hecho proezas con ellos” (Sal 126,3).

El Señor ha efectuado una conversión en nosotros. Y por medio de esa conversión podemos acercarnos a él de una manera nueva. ¿Qué hemos de hacer para que nos actuemos como hijos e hijas de Dios en este mundo?

La semana pasada una amiga sabia me leyó un pasaje del libro sobre los alcohólicos anónimos. El pasaja explicaba que si tengo rencor en mi alma, no puedo seguir una vida espiritual. Debemos enfrentar nuestras vidas, no en términos de colocarnos de manera que tengamos más poder sobre los demás, o más dinero, o la admiración de otros, sino para seguir una vida espiritual. Si un sentimiento de celos o de miedo rellena nuestra alma, debemos decidirnos de seguir la vida espiritual, no la vida maliciosa. Si tenemos este sentimiento que no es el camino del Señor, no lo vaos a seguir a Dios.

¿Qué vamos a hacer si resulta imposible que dejemos de enojarnos, o de temernos, o de codiciar? Podemos hacer lo que sea efectivo. Les voy a contar una cuenta muy breve de lo que le pasó a un hombre en la Segunda Guerra Mundial en los años mil novecientos cuarentas. Este hombre tenía veintidós años de edad. Estaba en un campamento de prisioneros de guerra de los japoneses. Survivían bajo condiciones terribles, con mucha enfermedad, hambre, y muerte. El alma de este soldado estaba llena del odio contra los japoneses.

Cuando leyó en la Biblia El Padre Nuestro, entendió que no podemos pedirle perdón al Señor sin ofrecerles absolución a nuestros prójimos, no pudo perdonar a los japoneses. Él los odiaba

completamente, con un enojo grande. Él oraba a Dios: “ Dios mio, con toda mi alma pido que Tú perdones a los japoneese de mí parte, porque no puedo hacerlo sin Tu ayuda.” No inmedatamente, sino poco a poco el sentimiento de perdón crecía en su alma.

¡Dios responde a las oraciones de nuestras almas! Si queremos vivir vidas del espíritu--- pidamos al Señor. Si enfrentamos un sentimiento de odio o de codicia, solamente hay que recordar que así no es el camino del Señor. Pidamos con todo el alma que Dios nos ayude, y que pueda quitarnos de este sentimiento

Con humildad enfrentemonos con la realidad que de que no somos Dios. Muchas veces durante el dia ofresquémoslo al Señor, diciendo, como JC le oró a Dios el Padre: "Que se haga Tu Voluntad!"

Si Ooremos: “Haz tu voluntad en mi vida,” entonces Dios nos conducirás al camino del Espiritu, no importa qué desafío enfrentemos. Dios es dios!

Alabemos al Señor con almas llena de gracia, y amémonos los unos a los otros con alegría y sencillez de corazón, porque Dios es Dios --y El responde a nuestras petitiones!